

Cuando los árboles son un desierto

Héctor Alimonda*

* *Profesor del Curso de Posgrado en Desarrollo, Agricultura y Sociedad, Universidad Federal Rural de Río de Janeiro (CPDA-UFRRJ). Coordinador del Grupo de Trabajo Ecología Política de CLACSO.*

Un poco de la historia del capitalismo...

Hace varias décadas, desde su celda en la prisión de Turi, Antonio Gramsci supo vislumbrar un cambio radical en la lógica de la acumulación capitalista del siglo XX (paradójicamente, en una obra que, en su conjunto, otorga una atención muy secundaria a la "determinación económica" que obsesionaba al marxismo de su época). Se trataba del "fordismo", un régimen de acumulación originado en los métodos productivos y en la lógica de intervención del capital sobre el conjunto de las relaciones sociales que comenzó a aplicar Henry Ford en sus fábricas de automóviles. Típico de Estados Unidos, donde, a diferencia de Europa (territorio de "pensionistas de la historia económica", diría Gramsci), el "fordismo" suponía una hegemonía naciendo de las fábricas, y una reorganización de la sociedad a partir de la lógica del capital: si los obreros son incorporados también como consumidores (los trabajadores de la Ford llegando al trabajo en sus propios automóviles

Ford), ningún detalle de sus vidas queda fuera de la mirada del capital, que se preocupa ahora por la estandarización de las normas de vivienda y de higiene, por la estabilidad matrimonial y por el anti-alcoholismo. Estas lúcidas observaciones de Gramsci fueron debidamente rescatadas, en la década de los setenta, por la llamada “escuela de la regulación” (Michel Aglietta, Robert Boyer, Alain Lipietz, entre otros), que identificó al “fordismo” como un régimen de acumulación específico en la historia del capitalismo.

Todo esto es conocido, pero quizás sea menos recordado que el sueño hegemónico de Henry Ford de una refundación de las relaciones sociales a partir de la lógica de la producción industrial que implicó también, en cierta medida, un proyecto de reformulación de ecosistemas tropicales, de creación artificial y planificada de una “segunda naturaleza”, a la medida de la acumulación del capital, en la selva amazónica. A partir de una concesión del gobierno brasileño de un millón de hectáreas en el valle del río Tapajós, a 120 kilómetros de Santarém, Henry Ford comenzó a concretar su sueño de una inmensa plantación de *hevea brasiliensis*, el árbol del caucho: Fordlandia. Se aplicó un “corte raso” en una enorme extensión de selva amazónica, y se implantó en su lugar una plantación homogénea de *seringueiras*, una reconstrucción de la naturaleza que permitiría a las fábricas Ford abastecerse de caucho para los neumáticos y piezas de sus automóviles. Monopolio del poder industrial sobre un recorte del mundo tropical, rígidos dispositivos de control aislaban a los trabajadores de Fordlandia de cualquier contacto con el exterior, y los sometían a una rutina disciplinadora de horarios estrictos, prohibición moralizante de todos los vicios y alimentación balanceada (es la época de apogeo de Popeye, y los planteles de trabajadores semi-esclavos de Fordlandia eran alimentados con espinaca en lata traída de EE.UU.). Pero la naturaleza y los humanos se rebelaron y vencieron: las plantaciones homogéneas de *Hevea Brasiliensis* fueron arrasadas por su enemigo más entrañable, el hongo *microciclo uei*, del cual los árboles se protegían, justamente, por medio de su dispersión en ejemplares aislados en la selva, siempre separados por lo menos por cincuenta metros. Y los trabajadores se insubordinaron al grito de *¡Basta de espinaca! ¡Queremos arroz, frijoles y cachaça!*, e incendiaron las instalaciones de Fordlandia. En 1945, Henry Ford devolvió la concesión al gobierno brasileño¹.

... hasta los tiempos del gobierno Lula

El tiempo fue pasando, algunos países latinoamericanos incorporaron versiones periféricas de la acumulación fordista que luego fueron desmontadas por el neoliberalismo, y entramos al siglo XXI, como en los últimos cinco siglos, como reserva de recursos naturales disponibles para el resto del mundo.

***“En Brasil,
2004 fue un año
récord desde
el punto de vista
del capital financiero
[y] ha sido también
un récord desde
el punto de vista
de la deforestación:
con 26 mil kilómetros
cuadrados de bosque
nativo arrasados”***

En Brasil, 2004 fue un año récord desde el punto de vista del capital financiero, ya que los bancos tuvieron la mayor tasa de ganancias en la historia de ese país. Pero ha sido también un récord desde el punto de vista de la deforestación: con 26 mil kilómetros cuadrados de bosque nativo arrasados, el año 2004 está en segundo lugar en la historia desde que se llevan estos registros².

La mayor parte de esa destrucción es atribuible a la soja, en el llamado “arco de desmatamiento” que avanza desde el Sur, en la región de Mato Grosso³, pero que está ya presente también muy al Norte, como en el municipio de Santarém, en Pará, a orillas del Amazonas, donde la Cargill ha construido un puerto granelero para sus operaciones de exportación. Pero otras causas de destrucción de bosque nativo en la Amazonía, la “Mata Atlántica” o el “cerrado” están vinculadas con la extracción maderera, tanto como materia prima para usos industriales como para fuente de energía (leña) para la industria siderúrgica.

A principios del siglo XXI, el sueño de Henry Ford de una recomposición de la naturaleza tropical según la lógica de la producción industrial parece haber tenido más éxito en Brasil que el fordismo industrial. Con los recursos de gerenciamiento de la naturaleza aportados por la ingeniería forestal, plantaciones de árboles de uso industrial —en general eucaliptos y pinos— se van extendiendo por las regiones tropicales (donde su crecimiento es más rápido que en regiones templadas o frías), en superficies antes ocupadas por bosques tropicales nativos. Estamos en presencia de un vasto proceso de destrucción de espacios de extrema biodiversidad y su reemplazo por una naturaleza simplificada al extremo, “desiertos verdes” homogéneos, constituidos por especies oriundas de otros climas.

En Brasil este proceso se fue estructurando desde la década del sesenta, cuando el gobierno militar trató de impulsar la forestación para producción de celulosa para la industria del papel, y fueron creados los mecanismos legales e institucionales básicos: el Código Forestal



© Martín Fernández

(1965), el Instituto Brasileño de Desarrollo Forestal (IBDF) en 1967, y la Empresa de Asistencia Técnica y Extensión Rural, que difundió en muchas regiones el cultivo del eucalipto y del pino como medio para obtener rápidas ganancias. Estos mecanismos fueron acompañados por medidas fiscales y líneas de crédito⁴.

Así, la producción brasileña de celulosa pasó de 73 mil toneladas en 1955 a 8 millones de toneladas en 2002 (52% de esa producción es exportada, siendo Brasil el primer exportador mundial). Entre los mismos años, la producción de papel creció de 346.000 a 7.700.000 toneladas. La previsión de una expansión de la demanda internacional en los próximos años está llevando a las empresas a formular también previsiones de expansión. Las demandas de otros sectores industriales, como la siderurgia y las industrias de muebles y laminados, han reforzado la expansión de los bosques artificiales, que hoy ocupan una superficie estimada de 4.800.000 hectáreas en todo el país. Minas Gerais, un estado con una tradicional vocación agrícola, tiene hoy una participación del 36% en la extensión total de plantaciones de árboles, mientras que el estado de São Paulo tiene el 17%.

Antes de continuar, aclaremos la significación social que estos datos implican. De forma aún más marcada que en el caso de la soja, en la expansión de las plantaciones de árboles se está produciendo en Brasil una contrarreforma agraria. Los bosques artificiales suponen un grado inaudito de concentración de la propiedad de la tierra, ya que están

vinculados directamente o por medio de contratos con las industrias consumidoras de su producción. En el caso de la celulosa, por ejemplo, se calcula que el 77% de la producción mundial proviene de plantaciones de propiedad directa o contratadas por la industria del papel. La uniformización y simplificación biológica de estos territorios supone la conformación de nuevos espacios de naturaleza reconstruida (que arrasan con las pequeñas cuencas hidrográficas, por ejemplo), pero también de nuevos latifundios, ahora con poderes enraizados en la industria globalizada, que “borran” antiguos territorios socio-políticos. La agricultura de pequeños productores campesinos o de grupos “tradicionales” es desplazada por los árboles, al mismo tiempo en que los seres humanos son desplazados por la reconfiguración territorial de las plantaciones⁵. Por este motivo, la expansión de las plantaciones forestales viene siendo acompañada, en todo Brasil, por infinidad de conflictos locales, y ha dado origen a fuertes tomas de posición de los movimientos sociales de base agraria (como el MST, que protagonizó en 2004 ocupaciones de plantaciones de árboles, que son talados para abrir espacio para agricultura) y de ONGs, como la Red Alerta contra el Desierto Verde.

No sorprende tampoco que los paquetes tecnológicos de manejo forestal acaben siendo origen de nuevos conflictos socio-ambientales, producidos por contaminación de fuentes de agua y de los propios trabajadores o habitantes resistentes de las cercanías de las plantaciones.

La Amazonía artificial

En la región amazónica, las plantaciones de árboles están localizadas en los tres estados más orientales, Amapá (84.900 ha), Pará (114.400 ha) y Maranhao (27.800 ha). Aquí las plantaciones han implicado el reemplazo del bosque húmedo tropical por especies exóticas como el eucalipto y el pino, que se caracterizan justamente por impedir el crecimiento de otras plantas y por secar los suelos, con lo que provocan un impacto ambiental especialmente grave en el ecosistema amazónico.

En Pará, la introducción de plantaciones de árboles con fines industriales comenzó en 1967, cuando el millonario norteamericano Daniel Ludwig compró tierras y fundó la empresa Jarí Celulosa, destinada a producir celulosa para exportación. Ludwig derribó 100 mil hectáreas de selva amazónica para plantar eucalipto, y trajo desde Japón una isla flotante que contenía una planta elaboradora de celulosa.

En la actualidad, luego de la muerte de Ludwig, la Jarí Celulosa es propiedad de una sociedad de empresas brasileñas (CAEMI y Orsa Forestal) que posee 1.800.000 hectáreas en los Estados de Pará y Amapá⁶.

Una investigación parlamentaria de 2004 comprobó graves irregularidades en el proceso de apropiación de tierras por parte de estas y otras empresas. Existen conflictos con tierras de indios y con tierras públicas, muchos de los cuales fueron documentados por la Comisión Pastoral de la Tierra de la Iglesia Católica. Como ejemplo está la compra de tierras públicas al Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA). La empresa Champion (hoy International Paper do Brasil) compró, usando testaferros, 6 mil hectáreas vendidas por el INCRA a precio subsidiado para personas físicas, en 12 lotes de 500 hectáreas. Cuando en 2003, con el nuevo gobierno, las autoridades del INCRA quisieron anular estos procesos, los expedientes habían desaparecido de los archivos.

En la región fronteriza del Este de Pará/Oeste de Maranhao, las plantaciones de árboles tienen como objetivo proveer de combustible a la industria siderúrgica. Como ejemplo, la Ferro Gusa Carajás, una sociedad entre la ex estatal Vale do Rio Doce, propietaria de la mayor reserva de hierro del mundo, y la japonesa Nisho Iwai, tiene plantadas allí 35 mil hectáreas de eucaliptos –en una propiedad con una superficie total de 81 mil hectáreas, que abastecen de leña a las catorce siderúrgicas que operan en la región.

En este complejo, el problema primordial es el trabajo esclavo. En agosto de 2004, por iniciativa del Ministerio del Trabajo, la Justicia del Trabajo y la OIT, se firmó un acuerdo entre todas las empresas siderúrgicas por el cual estas se comprometen con la erradicación del trabajo esclavo en la producción de carbón, certificada en la forma de un sello de responsabilidad socio-ambiental.

En esta región especialmente conflictiva, con la presencia de un importante movimiento social dividido en tres tendencias principales, y de asentamientos de reforma agraria, la expansión de plantaciones para la producción de carbón ha multiplicado las tensiones. En la región de Imperatriz, Sur de Pará, por ejemplo, cinco haciendas de la Ferro Gusa Carajás ya han sufrido diez invasiones en los últimos años. El MST denuncia el cerco de los asentamientos por parte de las plantaciones de eucalipto, que afectaría inclusive a la productividad agrícola.

Otros problemas están vinculados con el envenenamiento generado por el uso de productos químicos en el manejo de las plantaciones, algunos de los cuales producen ceguera en los trabajadores. Sobre las condiciones reales de trabajo en esas plantaciones, nos basta con referirnos a la necesidad de la firma de un compromiso para erradicar el trabajo esclavo. A pesar de esto, la Ferro Gusa Carajás se jacta de estar creando 1.200 puestos de trabajo por año en sus plantaciones.

El enclave del Sudeste

Sin embargo, el área más conflictiva de las forestaciones artificiales en Brasil no se encuentra en la Amazonía, sino en otra región donde el bosque nativo sobreviviente está siendo destruido y reemplazado por monocultivos de eucalipto. Se trata del Norte del estado de Espírito Santo y Sur del estado de Bahía, aunque sus conflictos ya se asoman en el Norte del estado de Río de Janeiro.

Está aquí el imperio de la Aracruz Celulosa, la mayor productora mundial de celulosa de fibra corta blanqueada a partir del eucalipto. Responde por 28% de la oferta mundial de materia prima para papel higiénico, de impresión, para escribir y papeles especiales. Formada en la actualidad por una asociación entre tres empresas de capital industrial-bancario nacional más una participación del Banco Nacional de Desarrollo, la Aracruz está inaugurando en 2005 en Eunápolis, Bahía, la mayor fábrica de celulosa del mundo, con participación de la sueco-finlandesa StoraEnso. Contrariando su discurso de relaciones públicas, que destaca la creación de fuentes de trabajo, la Aracruz tiene sólo 2 mil empleados, cifra mucho menor sin duda que la de los indígenas y pequeños agricultores desplazados de sus tierras.

Este complejo empresarial poderosísimo adopta un discurso políticamente correcto, destacando sus iniciativas de desarrollo rural, construcción de infraestructura, promoción social, servicios médicos, etc., que vendrían a redimir a una población rural "atrasada". Sin embargo, lo que parece evidente en función de la multiplicidad de pequeños conflictos que asolan la región es que los pequeños campesinos y las poblaciones "tradicionales" no se sienten incluidos en este modelo agro-industrial exportador. Quizás lo que sucede es que las inversiones en bienes públicos son un requisito para atraer la necesaria fuerza de trabajo calificada (y para valorizar la propiedad territorial adyacente), mientras la población tradicional en realidad está siendo desplazada.

Las empresas se formaron y crecieron utilizando grandes recursos económicos y políticos, al mismo tiempo que los movimientos de base se ramificaban por la sociedad civil como expresión de intereses ambientales y sociales. En el caso del Sudeste de Brasil, los autores del estudio que estamos comentando llegan a la conclusión de que empresas y actores socio-ambientales parecen vivir y construir sus percepciones en universos paralelos. Las empresas y el gobierno esperarían que la inversión en bienes públicos locales sea suficiente como para producir consenso. Sin embargo, como el establecimiento y la gestión de estos complejos demandan la concentración de tierras con expulsión de sus habitantes, la sustitución de la vegetación nativa por materia prima de rápido crecimiento y la utilización de insumos químicos que generan contaminación hídrica y atmosférica, el funcionamiento cotidiano del proceso de producción se contrapone a la constitución

de una hegemonía “fordista”, donde la fábrica actuaba como organizadora del conjunto de las relaciones sociales.

Un protagonista central de estos conflictos es la *Rede Alerta contra o Deserto Verde* Formada en 1998 en Espírito Santo, congrega más de 100 entidades comunitarias, de indígenas, sindicatos y organizaciones no gubernamentales, y actúa en ese estado y en los de Bahía, Minas Gerais y Río de Janeiro.

Recientemente, esta activa articulación ha obtenido una victoria que merece ser destacada. Desde hace 35 años, las comunidades indígenas Tupiniquín y Guaraní del estado de Espírito Santo mantienen un conflicto con la Aracruz, que ocupó 11 mil hectáreas de tierras de su reserva, y las transformó en monocultivo de eucaliptos. En mayo de 2005, 500 indígenas invadieron esas tierras, y se dedicaron a reconstruir dos antiguas aldeas, Ojo de Agua y Arroyo de Oro, donde se instalaron. Ahora, en una audiencia pública realizada el 10 de agosto, el Ministerio de Justicia ha reconocido la pertinencia de la reivindicación indígena y la irregularidad de la usurpación protagonizada por la Aracruz (que de cualquier forma ha prometido continuar la disputa por vía judicial)⁷.

Notas

1 Sobre Fordlandia y su historia hay una razonable producción de trabajos en Brasil y en EE.UU. Una curiosidad quizás más fácilmente accesible al lector hispanoamericano puede ser la novela del economista-diplomático argentino Eduardo Sguiglia *Fordlandia* (Buenos Aires: Editorial Debolsillo, 2004).

2 De hecho, la tasa media de deforestación durante las devastadoras décadas del setenta y el ochenta fue de algo más de 21 mil kilómetros cuadrados anuales.

3 El gobernador del estado de Mato Grosso, Carlos Maggi, es también el mayor plantador de soja del mundo.

4 A partir de este punto estamos siguiendo el informe coordinado por Anna Franzeres para el Programa Nacional de Florestas, Brasilia, marzo de 2005.

5 La Red Alerta contra el Desierto Verde calcula que en la forestación industrial se crea un empleo por cada 330 mil dólares de inversión.

6 La legislación forestal brasileña para la región amazónica establece que las plantaciones de árboles no pueden superar el 20% de la superficie de las propiedades. Esta proporción rara vez se cumple, pero aun así el efecto real de la norma de protección ambiental acaba siendo el de estimular la concentración, ya que las empresas se dedican a ampliar sus propiedades a cualquier costo para poder extender la superficie plantada.

7 Más información sobre este conflicto, y las interesantes publicaciones de la Red Alerta contra el Desierto Verde, están disponibles en <www.fase.org.br>.